

Novela negra ayer y hoy

Permanencia del paradigma semiótico

*En un libro titulado El signo de los tres: Dupin, Holmes, Peirce, **Umberto Eco** desarrolla la siguiente propuesta: el método de resolución de casos criminales en la narrativa policial, tal como fue canonizada por los padres fundadores, en particular **Edgar Allan Poe** y Sir **Arthur Conan Doyle**, es comparable al método científico de interpretación de signos planteado por **Peirce**, el teórico de la semiótica, esa ciencia más general del lenguaje destinada a hacerse cargo de la comunicación no hablada.*

Así ocurre en innumerables cuentos y novelas del género negro. Tanto el chevalier **Auguste Dupin** –el personaje de **Poe** que protagoniza la primera narración policial de la historia, *Los crímenes de la calle Morgue*, 1841–, como el mítico sabueso londinense **Sherlock Holmes**, creado por **Conan Doyle** en 1887 en su libro *Estudio en escarlata*, aplican un proceso de abordaje de la realidad que se funda en la interpretación de marcas o índices (signos) para descubrir la explicación última de un enigma. Dichos signos enigmáticos (huellas o pistas) constituyen un lenguaje sin palabras, que es necesario descifrar. Este es el rol del investigador o del detective en la narrativa policial, que actúa como una especie de semiólogo *avant-la-lettre*.¹

Lo anterior constituye una característica inherente al género policial o negro. Incluso la presencia del asesinato, del crimen violento, puede no hallarse en el transcurso del relato. Pero sí el enigma... Son muchos los ejemplos, particularmente durante los últimos años, donde las obras no se sustentan sólo en hechos de sangre. Del mismo modo, y por oposición, la presencia de un crimen no necesariamente significa que nos encontramos al interior del género. De lo contrario, *Crimen y castigo*, *Hamlet* o *Edipo Rey* serían obras policiales, lo cual es absurdo.

Dos enfoques de la detección

Sin embargo, el asunto tiene mayores complejidades. El enfoque de la detección en el **Dupin** de **Poe** no es idéntico al del **Sherlock Holmes** de **Conan Doyle**. En el límite, se puede decir que es inverso. El personaje de **Poe** es el protagonista de tres cuentos, entre los cuatro y tal vez cinco, que el poeta norteamericano produjo en el género policial: el ya

¹ La semiótica o semiología, como ciencia de los lenguajes no hablados, fue una propuesta casi simultánea del mencionado **Pierce**, en el dominio inglés, y de **Ferdinand de Saussure**, en el francés.

citado, *Los crímenes de la calle Morgue*, *La carta robada* y *El misterio de Marie Roget*, ambos últimos publicados en 1845. En todos ellos, el *chevalier Dupin* actúa esencialmente como un lógico estricto, como un científico. Es conocido que **Poe**, cuando ejercía el periodismo en la prensa, gustaba de plantear desafíos y enigmas a los lectores –descifrar textos en clave, por ejemplo–, y él mismo se consideraba insuperable en la materia. Es por eso que estaba auténticamente convencido de haber "inventado" –expresión cara a **Poe**– algo inédito y original en materia literaria, al dar a luz sus cuentos policiales. Más aún, los consideraba entre lo más amado de su producción.

Los crímenes de la calle Morgue constituye por esto una pieza fundacional, que sentó las bases de la literatura policial futura. Entre otras cosas, porque allí aparecen por primera vez tres elementos claves en el desarrollo del género: a) el detective *amateur* como protagonista del relato y cuyo objetivo es descifrar su misterio; b) su *alter ego*, un narrador que describe el proceso de detección y hace el elogio del investigador; y c) el enigma en un recinto cerrado, estructura recurrente en buena parte del género, sobre todo durante el la llamada *época de oro* del género, entre las dos guerras mundiales: la época de **Agatha Christie**, **Dorothy Sayers**, **S.S. Van Dine**², **Ellery Queen**³, **Georges Simenon** y el resto de los “grandes” del relato policial. También es el período de auge del *Detection Club* en Gran Bretaña, una agrupación de escritores policíacos; y del nacimiento y apogeo de la novela negra en Estados Unidos.

Sin embargo, los otros dos cuentos “policiales” de **Poe**, siempre con su detective **Dupin**, son también fundamentales, aunque en otro plano. Ambos aportan elementos adicionales a los reseñados arriba. *La carta robada* desarrolla un proceso de deducción lógica pura, a la manera de un juego matemático. No hay situaciones de complemento, enredos de trama, ni rellenos descriptivos. Todo el texto es funcional a la racionalidad aplicada. En este cuento se proporciona, además, una cantidad de información que debería ser suficiente para que el lector, durante la lectura, se halle él mismo en condiciones de resolver el misterio. El método de desafiar al lector fue utilizado por autores como los mencionados Ellery Queen y S.S. Van Dine para hacer aún más atractivas sus novelas.

Cabe mencionar que otro cuento de **Poe**, sin protagonismo de **Dupin**, *El escarabajo de oro*, es una joya de deducción lógica, en este caso al servicio de un relato sin crimen. Por su

²Seudónimo del médico y crítico de arte norteamericano **William Huntington Wright**.

³Seudónimo común de los escritores, editores y publicistas **Manfred Lee** y **Frederic Dannay**.

parte, *El misterio de Marie Roget* (también con Dupin) propone un desafío: cómo resolver, con ayuda de la ficción, un crimen cometido en la realidad. En este caso, **Poe** propone la solución, gracias a la intervención de la inteligencia de **Dupin**, que después se revelaría correcta, a un secuestro y crimen sucedidos en Nueva York y nunca resueltos. En el cuento, la acción es trasladada a París, y los nombres surgen levemente traspuestos (Marie Roget es en realidad Mary C. Rogers, por ejemplo), pero la solución responde al mismo proceso de deducción lógica que impulsaba **Poe**.

Con lo anterior, **Edgar Allan Poe** agregaba a sus enormes contribuciones este otro elemento básico del género policial: el carácter realista de la narración, en el sentido de estar fundado en hechos y personajes de la vida corriente. Éstos se relacionan entre sí, voluntaria o azarosamente, por alguna forma de trasgresión de las normas de comportamiento, como es el caso de un crimen.

Es en este plano donde descolla el quinto cuento policial de **Poe**, rara vez citado por los especialistas, *El hombre en la multitud*, que describe el largo deambular nocturno de un personaje por una ciudad que no se nombra, en su ámbito más canallesco, y donde van detectando, por pequeñas señales, los peligros, miserias y esperanzas del submundo delictivo, así como los riesgos que acechan a quien se aventure en él. He aquí, justamente, el espíritu de los grandes detectives humanitarios de la literatura policial, tales como el comisario **Maigret** de **Simenon**; el inspector **Martin Beck** de la policía de Estocolmo, creado por los suecos **Sjöwall y Walhöö**; y **Napoleón Bonaparte**, el detective mestizo del australiano **Arthur Upfield**.

El legado de **Poe** fue recogido por todos lo que vendrían, aunque sólo parcialmente por **Conan Doyle**, quien reconoció en todo caso su deuda con el poeta de Baltimore. El propio **Sherlock Holmes** se refiere en un relato al *chevalier* **Auguste Dupin**, con una frase que es aparentemente lapidaria: "Cree usted halagarme comparándome con **Dupin** y, en mi opinión, **Dupin** era un hombre vulgar". Aunque la opinión es fuerte y gratuita, lo anterior no es necesariamente un desprecio, sino más bien reflejo del rechazo de **Conan Doyle**, el autor, a la aplicación de la lógica pura; y un elogio al vuelo de la fantasía en narrativa policial. El planteamiento es entendible, pero igual parece un tanto rebuscado, si no abusivo, acusar de carencia de fantasía al autor de *La misteriosa casa de Usher* o *El barril de amontillado*.

Lo que está claro es que de algún modo **Sherlock Holmes** abandona casi siempre la lógica

pura en los casos que investiga; y aún cuando sus argumentaciones parecen impecables muestras de disciplina mental, en el hecho juega con las pistas y hace intervenir toda una parafernalia encantadora, aunque gratuita, chapucera a ratos, que en el límite se parece más al abigarrado contenido de una maleta de mago que a la dialéctica reclamada por **Edgar Allan Poe**.

En todo caso, y el punto no es irrelevante, el elemento lúdico que caracteriza la forma de razonar de **Sherlock Holmes** es un elemento que también pertenece al riquísimo legado de **Edgar Allan Poe** al género policial, su "inventor" y fuente inagotable de inspiración para sus cultores. Y en esto radica el encanto del sabueso victoriano, explicación de su insólito sitio en el gusto del público lector.

Detección y semiótica

Volviendo a nuestro intríngulis, hay tres categorías de interpretación de signos según el semiólogo **Pierce**, lo que repite **Eco** en su análisis: *inducción*, *deducción* y *abducción*, las que, con las variantes particulares que señalamos antes, son empleadas por el *chevalier Dupin* y **Sherlock Holmes**. ¿En qué consisten estas categorías, digamos técnicas, para la interpretación de huellas y signos?

La *inducción* permite sacar una conclusión a partir de datos más o menos repetitivos o semejantes, para de allí extraer o inferir [inducir] una explicación particular. Se trata de un método científico, el empirismo. En narrativa policial, es el enfoque del abogado **Perry Mason** o del comisario **Maigret**, entre los ejemplos más representativos. Ellos conocen la naturaleza humana y sus formas de reaccionar frente a distintos estímulos. El enfoque también impregna el *modus operandi* de los detectives de la novela negra, más preocupados de las condiciones en que se comete un crimen, sobre todo los rasgos sociales, políticos y económicos del caso, que de dar lecciones de agudeza. Todos los sabuesos de **Dashiell Hammett**, así como el **Philip Marlowe** de **Raymond Chandler** y el **Lew Archer** de **Ross Macdonald**⁴, están lejos de plantearse como objetivo la diversión un tanto *dilettante* de **Holmes**; al revés, sus reflexiones y análisis sobre el mundo circundante son a menudo amargas y escépticas, cuando no francamente críticas⁵.

⁴Seudónimo de **Kenneth Millar** y esposo de la también escritora de novelas criminales **Margaret Millar**.

⁵No es ocioso señalar que los derroches sangrientos de la novela negra provienen, a menudo, no tanto del afán de realismo como de la influencia de la novela gótica y el cuento de horror, con lo que volvemos de nuevo a

La *deducción* opera al revés. A partir de datos parciales, escuetos o incompletos, se deduce una explicación más general y lógica: quién o quiénes se hallan tras un asesinato, cuáles fueron sus motivos, hasta qué punto mienten, etc. **Sherlock Holmes** aplica constantemente su capacidad de deducción, como manera privilegiada de investigar un hecho criminal. Así lo harán, cada cual a su manera, la mayoría de sus seguidores, tal como los grandes detectives de la “época de oro”: el **Hércules Poirot** de **Agatha Christie**; el **Nero Wolfe** de **Rex Stout**; **Lord Peter Wimsey**, el personaje de **Dorothy Sayers**⁶; el **Charlie Chan** de **Earl Derr Biggers**; el **padre Brown** de **Chesterton**; etc.

El método llegó a exageraciones en el género, sobre todo con los autores menores y los epígonos de los detectives originales⁷. Así, el "**Viejo en el rincón**" de la **Baronesa de Orczy** es un personaje que, en un bar de Londres, bebe incontables vasos de leche y resuelve casos sin levantarse de su silla. Por su parte, el **Max Carrados** de **Nestor Bramah** es ciego, lo cual no le impide deducir por oído y olfato. Y otro personaje, llamado simplemente la "**Máquina de pensar**", creado por el norteamericano **Jacques Futrelle**, lleva sus capacidades intelectuales al extremo de efectuar todo tipo de hazañas inverosímiles, físicas y dialécticas, como lograr escapatorias imposibles y ganar campeonatos mundiales de ajedrez⁸. El proceso de deducción degenera pronto en ilusionismo, al servicio de un *grand-guignol* no siempre fascinante, sobre todo cuando es el resultado de prosistas apresurados o modestos en recursos.

Ahora, el paso superior en materia de interpretación de signos, que contiene elementos tanto de la inducción como de la deducción, es lo que los semióticos llaman la *abducción*. Requiere la presencia del azar, de la intuición genial, del golpe de suerte, del riesgo, en la postulación de una solución al enigma. Hay que tener en cuenta que a veces **Sherlock Holmes** se refiere a esta forma de inferencia como deducción, pero en realidad el proceso mental es más parecido a la *serendipia*, esa facultad iluminadora que posee el científico o el descubridor para pasar de la rutina a la revolución del conocimiento.

Poe. La descripción del cadáver femenino mutilado de *Los crímenes de la calle Morgue* no es menos pavoroso que el resultado de las hazañas de algún sicópata típico de una novela de **James Ellroy**.

⁶Apodado el "**Sherlock Holmes** de los barrios elegantes".

⁷En una bella antología en dos apretados tomos titulada *Los rivales de Sherlock Holmes*, el ilustrado *amateur* del género **Hugh Greene** (hermano de **Graham Greene**) desentierra con erudición y humor a toda una pléyade de imitadores y plagiarios del gran sabueso londinense.

⁸El mote "**La máquina de pensar**" se lo puso un personaje en un cuento, y de allí en adelante quedó así. Corresponde mencionar que **Futrelle** pereció en el hundimiento del "Titanic", de nada le sirvió el derroche de intelecto.

No por casualidad, abducción es otra manera de decir raptó, palabra que no significa solamente secuestro o arresto de una persona contra su voluntad, sino que también se usa para expresar el arrebató espiritual, proceso por el cual un santo o un artista, por ejemplo, se evaden del mundo real para aproximarse a otros niveles del conocimiento, sea de la divinidad, la naturaleza o el arte. Es lo que aplica el **padre Brown**, el personaje de **Chesterton**, cuando resuelve con su mezcla de candor, sabiduría popular e inspiración divina, los nada espirituales casos que le toca resolver, con frecuencia a pedido de feligreses ávidos de milagrerías.

Pero, en muchos autores la abducción aparece como una forma evolucionada del traicionero *deus ex machina*, el "as bajo la manga", el "salto mortal", o como quiera llamarse al recurso a factores externos para dar paso a la resolución del caso en cuestión. Ahora, no se puede desconocer que este es justamente el elemento que desequilibra toda novela policial en la dirección de la resolución del problema, en lugar de mantenerse en el limbo de la incertidumbre que caracteriza a muchos hechos criminales verdaderos, desde las hazañas de **Jack el destripador**, a misterios como el de la **Dalia negra** y el asesinato del **presidente Kennedy**. El detective literario debe dar una respuesta a las interrogantes planteadas en el libro, ya que el lector exige una explicación final, como condicionante mayor del tiempo y dinero invertidos en su lectura. No se debe olvidar que el lector de policiales es un lector popular en muchos sentidos, sea en el social, cultural o económico.

La abducción, concepto ambiguo, constituye pues el recurso final para resolver de manera a veces gratuita los problemas de trama que plantea la narrativa policial. Y es aquí donde los autores mediocres recurren a procedimientos rebuscados, inverosímiles o directamente tramposos, actitud que ha sido la fuente de las sucesivas "reglas del relato policial" planteadas en distintas épocas; y que no correspondieron a un simple delirio de puristas como se suele creer, sino una respuesta coyuntural a la degradación estructural del género, a su tendencia a la inverosimilitud.

Sin embargo, y este descargo es importante, ciertos autores sumamente dotados y estudiosos, logran darle un contenido, si no enteramente creíble por lo menos envolvente, al proceso de detección no convencional sustentado en la abducción. Por ejemplo, los cultores del subgénero llamado en Francia el *polar ethnologique* (novela policial etnológica), como el mencionado **Arthur Upfield**, que en sus novelas de la Australia profunda recoge la sabiduría tribal para analizar casos criminales; **Tony Hillerman**, figura cimera del policial

contemporáneo, que utiliza la tradición del pueblo navajo como parte del bagaje de trucos de sus policías indígenas; y el sudafricano **James McClure**, que juega con su heterodoxa pareja birracial de detectives para expresar la dolorosa complejidad de su país. **Bartolomé Leal** hace trabajar los cerebros de sus sabuesos de Nairobi apoyados en la sabiduría de los dichos y proverbios tribales de África.

El paradigma semiótico

La literatura policial es, por esencia, una literatura de interpretación de signos, un discurso sobre lo oscuro y desconocido, una reconstrucción de la realidad con información incompleta. Un desafío a la inteligencia, un llamado a enfrentarse a lo misterioso. **Umberto Eco** va más allá. Su conclusión audaz es que el origen mismo de la narrativa, y por lo tanto de la literatura, se halla en el desciframiento de signos, bajo la forma de los relatos del cazador primitivo. Éste, al calor de una fogata al interior de la caverna, compartía con mujeres, niños y ancianos, sus aventuras para identificar las huellas y olores de su presa e interpretar, a la luz de ellas, sus movimientos y tácticas de escape.

A este afán por contar la hazaña de cumplir el propósito de atrapar a la presa, parece haber sido el origen remoto de toda narración. Es lo que **Humberto Eco** llama el *paradigma semiótico*, presente en la narrativa de aventuras y en su inversión, la narrativa policial. De allí surgen la vigencia y nobleza de un género que se remonta a la más antigua literatura oral. Y también el secreto de la virtud fascinante de este tipo de prosa popular.

El *paradigma semiótico* es un enfoque que comparten, por ejemplo, *El último de los mohicanos*, la novela de **Fenimore Cooper**, que mucho influyó en la narrativa policial; y *El signo de los cuatro* de **Conan Doyle**, tal vez el más complejo, ingenioso e inquietante caso resuelto por **Sherlock Holmes**. Y aunque suene obvio, cabe destacar que el título del ensayo de **Eco** (*El signo de los tres*) hace referencia y homenaje a dicha obra.

Es importante anotar también que el paradigma semiótico condiciona de manera decisiva el enfoque de la crítica –literaria– al género policial. En efecto, el crítico especializado se ve necesariamente obligado a involucrarse de manera cómplice con el culto al héroe, procedimiento que es intrínseco al género –lo que no impide que lo pueda ser también de obras pertenecientes al *mainstream* literario–, buscando mostrar su coherencia con la obra global de un autor –o de la serie dedicada a un personaje– y con otros autores clásicos o contemporáneos. Lo anterior se da en el marco de las capacidades o los aportes que el

detective de ficción hace en relación a su método de investigación y la respuesta que da a las exigencias del caso, y a sus restricciones sociales, culturales, físicas, policiales, etc.

Muchos escritores actualmente vigentes, grandes maestros que practican el género negro, como los norteamericanos **James Ellroy** (*La dalia negra*, *El gran desierto*), **Andrew Vachss** (*Blue Belle*), **Jerome Charyn** (*Ojos azules*, *Marilyn la loca*) o **Carl Hiassen** (*Strip-Tease*), por sólo nombrar unos pocos, de los traducidos al castellano, pueden ser leídos y analizados a la luz del *paradigma semiótico*. En todos esos libros, el detective protagonista –policía, investigador privado, abogado o periodista– se dedica al seguimiento del o los culpables de un acto criminal, según las señales que deja a su paso. Con esto, autores tan actuales como los citados, se aproximan mucho más de lo que creen sus epígonos a las corrientes tradicionales en narrativa policial. El enigma no ha abandonado al género, por mucho que se haya endurecido y descompuesto. Léase a **Henning Mankell**, a **Donna Leon**, a **Andrea Camilleri**, a **Ramón Díaz Eterovic**...

No se debe olvidar que **Dashiell Hammett**, fundador de la novela negra y escritor en ruptura, sustentó sus mejores obras en variopintos detectives: **Sam Spade**, luego el sin nombre **Agente de la Continental**, y la pareja de sabuesos aficionados, **Nick** y **Nora Charles**. Otro grande de la escuela naturalista en novela negra, **Chester Himes**, ambientó su obra étnico-policial en la profundidad del *gettho* neoyorquino, a través de dos policías emblemáticos, **Coffin Ed** y **Grave Digger**, que no sólo encarnan la problemática racial, a menudo atroz, sino también el humor sarcástico, la gracia y el ingenio único del pueblo negro norteamericano. **Frank Gruber**, maestro de la serie B del género negro, y el autor tal vez más unánimemente despreciado por la mayoría de la crítica especializada, aunque no por la francesa, y cronista indiscutido de la difícil supervivencia durante la depresión de los años treinta, ofrece dos insólitos investigadores: **Johnny Fletcher** y **Sam Cragg**, vendedores de libros a domicilio⁹.

¿Refutación de Chandler?

Gracias a la permanencia del *paradigma semiótico*, la narrativa policial actual refuta, o más bien supera la dicotomía clásica de **Raymond Chandler** que escindió, en su ensayo *El*

⁹Este curioso autor, prolífico también en el género *western* y guionista de cine, es todo un mito entre los librereros de ocasión.

simple arte de matar, la novela de enigma de la novela negra, con la descalificación de la primera como un simple juego idealista, desvinculado por tanto de la realidad. En tanto que la segunda, según **Chandler**, representaría la irrupción del mundo concreto, con todas sus bajezas, en el terreno de la literatura criminal.

Algo hay de eso, seguramente. Una parte importante de la novela de enigma se escribió para satisfacer el ansia de los lectores por la diversión, el juego y el enigma, particularmente entre los lectores anglosajones¹⁰. Pero, otra parte no menos importante de autores mantuvo un acercamiento a la realidad social y política de innegable valor. Y en esto destacan autores de la *Epoca de oro* como **Dorothy Sayers**, **Ellery Queen** y **Erle Stanley Gardner**, que elaboraron una obra consecuente con sus posiciones progresistas en materia política y artística, en un marco muy distinto al de la novela negra.

El detective sigue presente en la narrativa policial. Difícilmente será desplazado. Es cosa de recorrer la producción más actual. Cientos de autores y autoras han creado los cada vez más rebuscados, aunque no por eso menos originales, detectives de esta década: el hermano **Cadfael**, el monje medieval creado por **Ellis Peters**¹¹; el rabino **David Small** de **Jonathan Kemelman**; **Jim Chee**, el policía navajo de **Tony Hillerman**; la encantadora policía de Chicago **Warschawsky** de **Sara Paretsky**; **Carlota**, la taxista-detective de **Linda Barnes**; **Carlos Vázquez**, el ex torturador convertido en cura de **José Javier Abasolo**; y tantos otros y otras. Algunos más cerca de la “novela de enigma”, otros más afines con la “novela negra”; pero prácticamente todos fieles al elemento fundamental e irrenunciable del género: el descubrimiento de la verdad, o lo que se ha analizado aquí, el *paradigma semiótico*.

Para terminar, otra muestra: una valiosa e interesante colección de narrativa policíaca que se publica actualmente en Francia es la serie "Grandes detectives", del sello 10/18, que no sólo presenta a lo mejor de la detección clásica y moderna, sino que además aplica consecuentemente el concepto de edición serial, buscando publicar a un autor de la manera más integral posible. Entre muchos otros, han aparecido en dicha colección el barcelonés **Manuel Vázquez Montalbán** con su detective **Carvalho**; el holandés **Van Gulik** y su personaje del juez **Ti**, adelantado sabueso de una vieja dinastía china; el milanés **Giorgio**

¹⁰El crítico español Juan José Mira opina que el éxito de la novela policial en Gran Bretaña responde a la síntesis dialéctica de dos dinámicas contradictorias: la pasión de los ingleses por el juego y su apego enfermizo a la legalidad. *Si non e vero...*

¹¹Inventado por ella mucho antes de la aparición de *El nombre de la rosa*, aunque la autora se aprovechó el espectacular suceso de la novela de **Eco** para relanzar la serie.

Scerbanenco, el creador de **Duca Lamberti**, el único detective ginecólogo de la literatura policial. Así como los encantadores libros de doña **Emily Jackson Braun** y sus gatos adivinos y las hazañas de los policías de Amsterdam narradas por **Janvillem van de Wettering**...

Con ellos, con ellas, se mantiene vivo el *paradigma semiótico*, reflejo de la tendencia del ser humano a interrogarse por los aspectos misteriosos de la realidad, a cuestionar las apariencias, a resolver los enigmas que le plantea el género. Desde ambas veredas, del lado del escritor y del lado del lector.

Bartolomé Leal¹²

¹² Escritor chileno de novela negra, autor de *Linchamiento de negro* (1994) y *Morir en La Paz* (2003).